

La historia de Henao y Arrubla: tolerancia, republicanismo y conservatismo

Jorge Orlando Melo

Pesimismo y optimismo centenaristas

Cuando Colombia celebró en 1910 el centenario de la Independencia, estaba aun viva la memoria de las recientes tragedias del país. A pesar de que los promotores de la Regeneración habían creído que un régimen fuerte y centralista fundaría el orden y eliminaría los riesgos de guerra civil, la guerra de los mil días, de 1899 a 1902, había sido la más sangrienta y destructiva de todas las de nuestra historia, y había sido seguida por la más fuerte herida al orgullo nacional, la pérdida de Panamá.

Entre 1903 y 1910 los políticos y escritores públicos plantearon con frecuencia el tema de la crisis nacional: el país estaba al borde de la destrucción, como consecuencia de las guerras civiles y de los enfrentamientos entre los partidos. Era preciso, para superar los problemas y encontrar el camino del progreso, recuperar la concordia entre los colombianos y fundar una paz duradera.

Un texto de Rafael Uribe Uribe en 1904, jefe revolucionario liberal durante la guerra de los mil días, es típico: ha concluido "la azarosa era de las guerras civiles, era que considero cerrada para siempre. Defensor convencido y apologista entusiasta de la paz, como única solución segura y rápida de nuestros progresos, protesto por mi parte que si una espada llevo al cinto, nunca volveré a esgrimirla en contiendas intestinas, sino solo en defensa de la patria o de alguna otra causa de carácter general, superior a las denominaciones de la política sectaria." Para lograr "la concordia de los buenos colombianos" hay que extender "la mano por sobre las banderas de los propios partidos" y emprender una "obra de salvación común para sostener el edificio nacional que se derrumba"¹

El gobierno de Rafael Reyes, entre 1904 y 1909, concedió inicialmente algunos derechos a los liberales, que entraron a colaborar con el gobierno y a formar parte de la Asamblea Nacional, constituyente y legislativa, con la que se reemplazó el Congreso, y en donde el presidente les asignó la tercera parte de las curules. Aunque enfrentó desde el comienzo la oposición de los conservadores más intransigentes, este intento de conciliación fue visto con esperanza por miembros de ambos partidos, pero empezó a perder respaldo por el abandono de los mecanismos legales y constitucionales por parte del presidente.²

¹ Citado por Carlos E Restrepo, *Orientación Republicana*, Bogotá, I, 317.

² Una narración de los comienzos del republicanismo está en Jorge Orlando Melo, "[De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores](#)", *Nueva Historia de Colombia*, vol II, Bogotá, 1987.

En 1909, la propuesta de aprobar el tratado con los Estados Unidos, en el que se reconocía la independencia de Panamá, revivió las heridas de 1903, y sectores de ambos partidos pidieron que se volviera a convocar un Congreso elegido por los ciudadanos. Muchos de los que en 1904 habían propuesto la unidad de los partidos y habían dado apoyo a Reyes, volvieron a expresar la opinión de que era necesario unirse para salvar al país y volver al orden constitucional. El llamado a la unidad de los partidos estaba, como antes, acompañado por la invocación del patriotismo, humillado por la separación de Panamá y por un tratado que ofendía la dignidad del país. En varias ciudades dirigentes políticos, estudiantes y ciudadanos hicieron declaraciones y manifestaciones contra el tratado. En Bogotá, las señoras gritaban, desde las ventanas, "Vivan los patriotas" y los jóvenes contestaban "¡Y las patriotas también!"³

El rechazo al tratado condujo a la renuncia de Reyes, y entre julio de 1909 y agosto de 1910 el país estuvo bajo el mando del general Ramón González Valencia, que encabezó un gobierno de transición y conciliación. Los promotores del regreso a la normalidad constitucional se definieron como "republicanos", encabezados por los liberales Nicolás Esguerra y Enrique Olaya Herrera y por el conservador Carlos E. Restrepo. Para ellos, lo urgente era la unidad de los colombianos, la defensa de la patria amenazada, la necesidad de superar la pugnacidad política. La disputa intolerante entre liberales y conservadores se veía como la causa principal de los problemas del país, de su incapacidad para lograr la paz, y de su impotencia internacional, que la había hecho víctima del insulto a la soberanía cometido por los Estados Unidos al apoyar la separación de Panamá. Los republicanos lograron la mayoría en la nueva Asamblea Nacional Constituyente, elegida por los consejos municipales en 1910. La Asamblea reformó la constitución de 1886, eliminando algunos de los aspectos que más objetaban los liberales: redujo la duración del periodo presidencial a cuatro años, determinó la elección directa del presidente por voto popular restringido (todavía no se dio el pleno derecho a votar a pobres y analfabetas) y disminuyó los poderes presidenciales. La elección, el 15 de julio de 1910, de Carlos E. Restrepo como presidente, hecha por la Asamblea con el voto de los delegados de ambos partidos, confirmó este nuevo esfuerzo de superar el enfrentamiento radical entre liberales y conservadores.

Esta transacción política reducía la fuerza de los sectores más radicales de ambos partidos. El conservatismo renunciaba a la visión excluyente de la constitución que había propugnado Miguel Antonio Caro (bajo ella solo tenían derechos los que compartían sus principios fundamentales, pues "no se hacen concilios católicos con cardenales protestantes"⁴), pero el liberalismo abandonaba algunos de sus programas, o al menos dejaba de propugnar por su cumplimiento, y acogía algunos de los elementos del anterior pacto

³ Luis López de Mesa, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, citado por Javier Gutiérrez, *Santos y López de Mesa: sesenta años de historia nacional*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1984, 26

⁴ La frase se encuentra en el apólogo de José María Rivas Groot, "La Hora Exacta", una sátira al liberalismo que reclamaba la libertad de definir la hora por cualquier persona.

regenerador: renunciaba a buscar la separación de la iglesia y el Estado y abandonaba el proyecto federal.

Estos cambios políticos tenían su paralelo en un consenso de interpretación del pasado nacional, quien se había esbozado en los años de la regeneración. Desde la década de 1870 Miguel Antonio Caro había encabezado un esfuerzo para revalorar el papel de España en la historia nacional. Mientras que los héroes de la independencia habían visto esta como una ruptura con un régimen de despotismo e ignorancia, Caro trato de mostrar que la independencia había sido ante todo el resultado de una madurez social y política creada por la misma política española. Para ser independientes no teníamos que romper con el pasado español, pues la herencia española era la que había conformado nuestra cultura e incluso había dado los elementos morales y jurídicos que nos autorizaban a exigir la independencia. Como hijos adultos de España, teníamos el derecho a ser independientes, pero no necesitábamos romper y negar a nuestros padres ni abandonar lo que nos habían enseñado. La revaloración de la tradición española fue un elemento central en la conformación del proyecto cultural regenerador: la unidad nacional no se sostenía solamente con instituciones centralistas, sino con una cultura nacional que subrayara lo que en su opinión nos unía y caracterizaba: la iglesia católica, la lengua española y las costumbres y elementos culturales heredados de España.

Los liberales, aunque no renunciaron a algunos elementos de su polémica contra España y a la acendrada desconfianza contra la intervención de la iglesia en política, redujeron en los años finales del siglo XIX la intensidad de sus polémicas. La inestabilidad, el desorden y el limitado progreso que habíamos vivido en el siglo XIX podían verse como prueba de la necesidad de tener instituciones más de acuerdo con nuestras tradiciones y de la dificultad de transformar el país a partir de ideas que no tenían mucha acogida popular. Los escritores liberales aceptaban la importancia de la tradición española, aunque buscaban moderar lo que consideraban sus elementos más retrógrados por la adopción de ideas e instituciones provenientes de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Compartían también con los conservadores su visión de que los aportes indígenas o negros a la cultura nacional no tenían gran importancia. Por supuesto, había amplias diferencias en la percepción de los derechos ciudadanos y políticos de las poblaciones mestizas, negras o indígenas del país, reconocidos en la constitución y en las leyes y defendidos ante todo por los liberales, aunque a veces también por escritores conservadores, pero cuya eficacia era negada por una estructura social y económica que concentraba el poder en los grupos más blancos de la población.

El nuevo consenso republicano incluía pues la aceptación del papel cultural social de la iglesia, aunque se mirara con recelo su participación en política, la aceptación de la tradición cultural española y la desvalorización correlativa de los aportes indígenas y negros, la aceptación de un orden constitucional centralista en el que el orden era más urgente que la libertad. Y generaba inmensas esperanzas de progreso, siempre que fuéramos capaces de superar lo que había arruinado los esfuerzos anteriores: el sectarismo político, el

enfrentamiento radical entre ambos partidos, la incapacidad para convivir y aceptar unas reglas de juego comunes.

La prensa de 1909 y 1910 está llena de referencias al pasado difícil del país, cuyos problemas no se han resuelto todavía. El optimismo, no obstante, creció con rapidez en estos meses, ante los resultados del movimiento republicano, que había permitido el regreso a la normalidad institucional, el restablecimiento de la constitución, su reforma, por primera vez desde 1857, por un cuerpo colegiado en el que participaran representantes de la oposición y el nombramiento de un presidente ajeno a los sectarismos tradicionales.

Las celebraciones de 1910

El año de gobierno de transición, el "año cristiano", como fue llamado por el ánimo de conciliación y paz que mostró, transcurrió a pocos meses de cumplirse cien años de la declaración de independencia de Bogotá. La conmemoración de este evento, que estaba en marcha desde 1907, se convirtió en 1910 un proceso cultural muy importante, pues reforzaba los temas centrales del acuerdo republicano.

Tras la caída de Reyes, se modificó la Comisión del Centenario y se acentuó, por parte del gobierno y de los intelectuales y escritores que encabezaban las juntas del centenario, la insistencia en la necesidad de unir a los colombianos y superar nuestras divisiones. El diagnóstico que atribuía los males del país al sectarismo político, tantas veces repetido por los sectores moderados de ambos partidos, había sido la base del programa político del republicanismo y la celebración de la independencia daba una gran oportunidad para poner el pasado al servicio de los esfuerzos del presente. Los conservadores y liberales más doctrinarios o intransigentes quedaron temporalmente por fuera de los acuerdos políticos y su voz perdió volumen.

Este diagnóstico político tenía claras implicaciones desde el punto de vista de la visión del pasado nacional: el sectarismo político había puesto los partidos por encima de la nación y había obstaculizado el surgimiento de un sentimiento patriótico. Para consolidar la concordia entre los colombianos era importante encontrar en el pasado nacional los elementos que nos unían y debilitar los que nos dividían. Las celebraciones del Centenario podían estimular entre los ciudadanos el reconocimiento de las glorias de la patria, esos momentos heroicos en los que se había luchado conjuntamente por la defensa del país y de su independencia. La historia de Colombia podía ser al mismo tiempo una celebración de esos momentos de unidad y una reflexión sobre los males de la desunión. La independencia se presentaba ante todo como un momento de unidad virtual, en el que a pesar de las disensiones que la habían caracterizado todos los patriotas habían actuado juntos para crear la nación contra un poder extranjero.

Para ello era importante abandonar la narrativa de la historia en términos partidistas. Durante la segunda mitad del siglo XIX varios escritores conservadores (Joaquín Posada Gutiérrez, José Manuel Groot, Miguel Antonio Caro) habían creado una narración en la que los sueños de Bolívar habían sido destruidos por los septembrinos, por un liberalismo ajeno a la tradicional

nacional, enemigo de la iglesia y demagógico. Los males del país se debían en buena parte a Santander y sus secuaces y a sus sucesores. Por su parte los liberales atribuían los males del país a la influencia clerical, al autoritarismo o al exclusivismo social del conservatismo, así como a la influencia de instituciones coloniales feudales y contrarias a la democracia. La polémica periodística entre los políticos, entre 1870 y 1900, había apelado con frecuencia a la narración histórica convencional para justificar a unos u otros y atribuir los males del país al partido contrario.

Las celebraciones del centenario de Bolívar, en 1883, sirvieron en parte para la búsqueda de una reinterpretación más amplia del papel del Libertador, que lo hiciera aceptable para ambos partidos. El artículo de Salvador Camacho Roldan que publicó ese año el *Papel Periódico Ilustrado* ofrecía una narración diferente, que hacía compatible a Santander y Bolívar. El uno y el otro habían contribuido a la formación de la nación independiente, Bolívar con su genio militar y político, Santander con su insistencia en el respeto a las leyes, aunque ambos habían cometido errores que no opacaban su grandeza.⁵ Y las celebraciones de la Independencia en 1892, un año después del laudo español que dio la razón a Colombia en la mayoría de los puntos contenciosos relativos a la frontera con Venezuela, ayudaron a reforzar la aceptación de la tradición española en nuestros dirigentes políticos y a dar fuerza al argumento que buscaba mostrar que era compatible el progreso industrial que ahora se deseaba.

Los textos escolares de la segunda mitad de siglo, aunque eludían casi siempre las polémicas políticas abiertas, ofrecían una visión en la que las perspectivas conservadoras tenían mucho peso. Sin condenar explícitamente a los liberales, comentaban los males de la demagogia, el federalismo o la educación que no seguía los criterios religiosos. Mientras el compendio de historia publicado en 1850 por José Antonio Plaza todavía presentaba a España como opresora y condenaba la dictadura de Bolívar, el texto de José Joaquín Borda de 1872 acogía la visión conservadora y censuraba a los opositores de Bolívar, como lo hizo después Juan Pablo Restrepo. Fue José María Quijano Otero, en su texto, el que intentó ofrecer una visión que, aunque orientada por la interpretación conservadora, no hacía explícitas las condenas al liberalismo y reconocía el papel histórico de Santander; su relato fue acogido también por Manuel Antonio Bonilla.⁶

Las celebraciones del Centenario fueron pues ocasión para celebrar el nuevo clima del país, en un ambiente de esperanzas de avance productivo que se apoyaba en el reciente crecimiento de la industria cafetera, las primeras

⁵ Salvador Camacho Roldan, "Santander 1819-1827", en *PPI*, No 12 (1882). Una descripción y análisis de estas celebraciones se encuentra en Jorge Orlando Melo, "[Bolívar en Colombia](#)".(2008)

⁶ José Antonio de Plaza, *Compendio de la historia de la Nueva Granada, desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831* Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1850 136 p. ; José María Quijano Otero, *Compendio de la historia patria*, Bogotá: [Imp. Eléctrica], 1872, 328 p.; José Joaquín Borda, *Historia de Colombia contada a los niños*. Bogotá: Imprenta de El Mosaico, 1872, 160 p.; Juan Pablo Restrepo, *Compendio de historia patria*, Bogotá: Ed. de J.J. Pérez, 1891: 189 p.; 17 cm.Enrique Álvarez Bonilla, *Compendio de historia patria*: 2a. ed. Bogotá: Imp. de Vapor de Zalamea, 1893. 268 p..

formas de industria y la modernización que se advertía en las principales ciudades del país. Por eso, el gobierno buscó que las celebraciones subrayaran la capacidad industrial del país y promovieran el orgullo por el trabajo nacional y para ello organizó la más ambiciosa exposición industrial que hasta entonces se había visto en Colombia.⁷

Estas celebraciones quedaron registradas en el llamado *Álbum del Centenario*. Según sus editores, en él se puede ver “descrito de un modo gráfico el estado de la civilización de Colombia en la primera centuria ... al recorrer las páginas de esta obra, una satisfacción patriótica inunda el alma, porque se ve de un modo claro que la nación, a pesar de sus dificultades y amarguras y no obstante las tortuosidades del camino, reveló en el Centenario poderosa vitalidad, notable inteligencia, aptitud especial así para las artes liberales como para la industria, y para la explotación del suelo fértil, si hostil y bravío, indicio inequívoco de la altura a que llegaría la nación si se hiciera el único ensayo que aún no se ha hecho, el de veinte años de paz”. “De ella se desterró inexorablemente la política, causa de tantas y tan infecundas agitaciones: y por eso nos ufanamos de que sea acaso la primera obra de índole esencialmente nacional que entre nosotros se haya publicado”. “Exposición donde todo fue nacional, desde el cemento hasta el hierro... y nacionales son todos los fotograbados, obra del conocido artista D. Pedro Carlos Manrique, hasta los tipos de imprenta, salidos de la fundición de los Talleres Salesianos.”⁸

Como puede verse, los tópicos de la retórica centenarista se recogen con claridad: la idea, ya habitual a fines del siglo XIX, del difícil y amargo camino que ha atravesado el país, pero la satisfacción por el despertar creador de la nación, el destierro de la política, la necesidad de la paz y la reivindicación del trabajo nacional, que hace enorgullecer a los autores del libro hasta del hecho de que los tipos de imprenta hubieran sido fundidos por artesanos locales y que llevó a Enrique Olaya Herrera a afirmar que comenzaba “una vigorosa campaña de liberación económica, digna forma de celebración del Centenario de la independencia política”.⁹

⁷ Frédéric Martínez ofrece en “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910”, *Museo, memoria y nación*, Bogotá, 2000, una precisa descripción de las celebraciones y encuentra sus rasgos principales en el énfasis en el progreso industrial, el abandono del partidismo, y la afirmación de una visión civilista, nacionalista, católica e hispanista del país. Alejandro Garay “La exposición del centenario. Una aproximación a una narrativa nacional”, *La ciudad de la Luz: Bogotá y la exposición agrícola e Industrial de 1910*, Bogotá. 2005 subraya el carácter bogotano y elitista de las celebraciones. Pero muchos eventos, y en especial la exposición industrial, llena de objetos de todo el país, se salen de esta caracterización. Y Rafael Uribe Uribe, antioqueño, hizo el discurso central el 20 de julio, y aprovechó para hacer una reivindicación de la autonomía municipal: “la mayor ofrenda a los hombres del Cabildo abierto de 1810... es restablecer el gobierno del pueblo por el pueblo en el municipio”. Marroquín e Isaza, *Primer Centenario...*, 55.

⁸ Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza, *Primer Centenario de la Independencia de Colombia, 1810-1910, Bogotá, 1911*, ii.

⁹ *Id*, 27.

Las celebraciones contaron con el apoyo general de la opinión, aunque en la prensa de la época es posible advertir algunas señales de desacuerdo. El rígido centralismo regenerador había estimulado las reivindicaciones regionales, y el hecho de que la celebración se centrara en la capital y conmemorara la fecha del Acta de Bogotá provocó el rechazo de intelectuales y dirigentes políticos de Cartagena, que podían demostrar que la deposición del gobernador local, el 22 de mayo, había sido anterior a la revuelta que había llevado a la destitución y prisión del Virrey Amar y Borbón. La celebración, orientada por abogados, educadores y escritores, dio énfasis a actividades académicas y educativas, a la exposición industrial y a ceremonias públicas: se reunió el Congreso Grancolombiano de Estudiantes, se dictaron muchas conferencias y discursos, se abrió un museo de ciencias naturales, se hizo una exposición de Bellas Artes, se puso a los niños de las escuelas a sembrar miles de árboles, se intentó abrir una biblioteca pública colombiana e hispanoamericana¹⁰, y se hicieron desfiles, espectáculos públicos y funciones gratuitas de cine, se entregaron 24 casas a los pobres (La Perseverancia) y se pusieron coronas frente a las estatuas de Santander y Bolívar, se inauguraron monumentos, pero no se brindó al pueblo la tradicional fiesta con corridas de toro, pólvora y vacalocas, que era la forma típica de celebración desde fines del siglo XVIII, lo que llevó a algunos periódicos a aludir al carácter algo estirado de la celebración.

El concurso

En este ambiente, la Comisión encargada de organizar las celebraciones convocó desde 1908 una serie de concursos para celebrar la independencia, entre los cuales estaba el que invitaba a escribir un nuevo texto de historia de Colombia que sirviera para la enseñanza en las escuelas primarias y secundarias. Según los organizadores, los textos existentes no respondían a las necesidades del país, sobre todo porque aprovechaban la historia para proponer a los estudiantes una visión sesgada y partidista. Era preciso hacer una historia que no estuviera casada con la visión sectaria y que fuera, al eludir las trampas de la perspectiva política, objetiva. En esto se inscribía dentro de lo que quería hacer la Academia Colombiana de Historia, creada en 1902, y que, en los pocos años de existencia que llevaba, había logrado promover un diálogo tranquilo entre los historiadores de ambos partidos, que daba importancia a los esfuerzos eruditos apoyados en documentos originales.

Por otra parte, aunque en el país había varios textos elementales de Historia, no existía un manual dirigido a los jóvenes adolescentes que hacían sus estudios secundarios o universitarios. Por esto, el concurso respondía tanto a

¹⁰ Jorge Pombo, un notable librero y erudito bibliógrafo bogotano, hijo de Manuel Pombo, quien también había tenido una librería en Bogotá, descrita por Juan de Dios Uribe hacia 1881, regaló cerca de 12000 libros y folletos colombianos a la nación, siguiendo el ejemplo de don Anselmo Pineda años antes. La Comisión del Centenario decidió además comprarle 2000 libros sobre temas hispanoamericanos, para conformar la nueva biblioteca pública. Esta nunca se abrió como tal, pero los libros fueron entregados a la Academia Colombiana de Historia. Así como la colección privada de Anselmo Pineda es el núcleo de la colección histórica de la Biblioteca Nacional y la de Laureano García Ortiz es el centro de la Luis Ángel Arango, la de Pombo constituye la parte más valiosa de la biblioteca de la Academia.

la carencia absoluta de un manual para la escuela secundaria como al carácter partidista que se atribuía a los textos elementales.

El concurso tuvo algunas indecisiones, y en 1910, ante el riesgo de que el concurso no se realizara, hubo protestas de "opositores bogotanos". Finalmente el concurso tuvo lugar y un solo concursante se presentó. El texto fue revisado por el jurado, compuesto por Clímaco Calderón, Emiliano Isaza, Antonio José Uribe, todos conservadores, quienes consideraron que mostraba "un criterio imparcial y el sincero propósito de ser fieles a la verdad", y recomendaron que, justamente por su "estricta imparcialidad" fuera adoptado como texto oficial de enseñanza en las escuelas públicas¹¹. El 1 de septiembre la Academia de Historia lo declaró ganador, y el gobierno de Carlos E Restrepo, con su ministro de educación Pedro M Carreño, el 26 de octubre de 1910, ordenó adoptar "como textos para la enseñanza de la Historia Nacional en los colegios y escuelas oficiales".¹²

El texto

El texto de Henao y Arrubla es un documento relativamente convencional. Sus autores eran jóvenes historiadores aficionados, abogados que en sus horas libres habían leído a los principales historiadores nacionales. La obra se apoya sobre todo en las obras canónicas de la historiografía nacional, Joaquín Acosta, José Manuel Restrepo y José Manuel Groot, para ofrecer una narrativa continua y ordenada. Mientras que la versión para la escuela elemental no se diferencia mucho de un texto como el de Quijano Otero, en su narración apresurada de acontecimientos enmarcados en ocasionales reflexiones pedagógicas y morales, lo que era una novedad absoluta era una narración detallada de la historia nacional entre 1500 y 1903. El texto fue publicado en 1911 en dos volúmenes con un total de casi 1200 páginas, que se consideraba adecuado para el nivel de los estudiantes de secundaria de ese tiempo y que hoy sería considerado quizás demasiado extenso y exigente para un curso básico universitario. La amplitud del texto permite incorporar narraciones detalladas y en los casos más controvertibles presentar argumentos históricos en los que se pueden considerar perspectivas a veces contradictorias, buscando resolverlas con un dictamen final razonado.

Su visión acerca del papel de la historia es ante todo pedagógica: ella "contribuye a la formación del carácter, moraliza, aviva el patriotismo y prepara con el conocimiento de lo que fue a la activa participación del presente..."¹³(4) Como se ve, aún la formación del carácter y el impulso al

¹¹ La imparcialidad del texto resultaba tanto de la ausencia de una polémica abierta de los liberales, reemplazada por críticas implícitas, como de la valoración positiva de la herencia española, ausente en algunos de los textos escolares anteriores.

¹² La tesis de Alejandra Barón Vera, *La patria y el héroe en la Historia de Colombia de Henao y Arrubla, una obra laureada en la conmemoración del centenario de la Independencia* (1910) (Bucaramanga, UIS, 2006), aunque sólo hace un análisis muy breve del libro, de su contenido, su estructura ideológica o las ideas que lo influyeron, ofrece una buena descripción de las peripecias del concurso y del ambiente en el que se escribió.

¹³ Para evitar un exceso de notas al pie de página, las cifras entre paréntesis dan la referencia a la página de donde se toman las citas, con base en la edición de 1911.

patriotismo. Al hacer estas cosas, capacita al ciudadano para actuar, con conocimiento del pasado, en el presente, siguiendo sanos principios y buscando servir a la patria. La historia, dicen los autores, "pone al futuro ciudadano en capacidad de formar opiniones precisas y sanas, para quedar a cubierto de las influencias dañosas de la ignorancia y de la credulidad que oscurecen la verdad y comprometen la paz y el orden. Bien estudiada es, a no dudarlo, verdadera escuela de patriotismo, porque hace conocer y admirar la patria desde su cuna, amarla y servirla con desinterés, y asegura su porvenir manteniendo la integridad del carácter nacional..." (632).

Una historia solida debe ser, en su opinión, veraz, "sin ocultar ni exagerar los defectos ni los yerros de sus gobernantes y legisladores", y debe usar los "métodos evolutivos modernos", con lo que parecen decir que no debe limitarse a una narración lineal de acontecimientos, sino que debe tratar de recrear el pasado, tanto individual como social, y buscar las causas de los acontecimientos. (4) En resumen, los autores creían en una historia que sirva de maestra a la vida, sobre todo al promover el patriotismo y formar el civismo, y que narre con objetividad el pasado, apoyados en una solida erudición y buscando ir más allá del simple relato para explicar los acontecimientos.

El tema central del libro está en la Independencia. En su versión para la enseñanza secundaria, dedica el 7% del texto a las culturas indígenas, el 16 % al descubrimiento y conquista, 20% a la colonia, 40% al periodo de 1810 a 1830 y 15% al primer siglo de vida republicana. Casi el 80% del texto se refiere a los años de 1500 a 1830.

En general, el libro coincide en parte con el espíritu republicano en su disminución de la polémica política y en el énfasis en la imparcialidad de su tratamiento, subrayado por el jurado calificador. Sin embargo, así como el republicanismo fue un acuerdo desigual, en el que los conservadores mantuvieron el control fundamental del Estado (el ejercito, el sistema electoral y las dos terceras partes de los cuerpos electivos se mantuvieron en poder del conservatismo) mientras reconocían a los liberales algunos derechos, el texto mantiene en lo fundamental la visión conservadora del país, aunque eliminando los elementos más radicales de la polémica contra el liberalismo. Ese acuerdo fue posible, por otra parte, porque importantes sectores liberales rechazaban ahora algunos de los elementos más radicales de su pasado, en particular el anticlericalismo y el federalismo. Del mismo modo, la visión conservadora presentada por Henao y Arrubla era en gran parte tolerable para las vertientes más moderadas del liberalismo, a pesar de su firme censura del federalismo y de la rebelión de 1899.

En esencia, el libro insiste en una visión de la nación colombiana conformada en su historia por españoles, negros e indios, pero bajo la primacía cultural de los primeros, "raza superior y victoriosa" (I, 70). En efecto, siguiendo la visión hispanista de la nación promovida por José Manuel Groot, José María Vergara y Vergara, Sergio Arboleda y Miguel Antonio Caro, se considera que la unidad nacional se fundaba ante todo en los rasgos culturales que habían constituido la patria y la nación, desde los años de la conquista, y que venían de España:

“religión, lengua, costumbres y tradiciones”, para usar la frase de don Miguel Antonio Caro¹⁴. Así pues, la herencia española se valoraba positivamente, aunque, como corresponde al esfuerzo manifiesto de objetividad, los autores rechazan con frecuencia la crueldad de la conquista, al exterminio de las poblaciones indígenas y los crímenes de los conquistadores.

La descripción de las comunidades indígenas se limita a un breve capítulo sobre los orígenes americanos y a dos capítulos, incluidos en la narración de la conquista, uno sobre los pueblos Caribes y otro sobre los pueblos del interior, centrado en los Chibchas. Su visión de los indígenas es bastante negativa, aunque a veces se matiza con adjetivos elogiosos, como cuando habla de “los valientes e indomables goajiros y cocinas” o de “Los hospitalarios guanebucanes” (I, 118). Pero predominan las descripciones ingenuas (entre los chibchas, “el sexo no se distinguía por el cabello, pues hombres y mujeres se lo dejaban crecer” (140), la mezcla de información relativa a diferentes grupos indígenas, la aceptación acrítica de los testimonios de los conquistadores o de los cronistas: en general su visión es menos clara y documentada que la de Joaquín Acosta. De los caribes, por ejemplo, que son una construcción arbitraria en la que incluye todos los pueblos de la Costa Atlántica, “la cruelísima nación Caribe”, dice que “eran antropófagos” (I, 123) o que “complementaban su rudimentaria alimentación con el producto de la caza y de la pesca...” y “en cuanto a fiestas, estos indios se reunían alrededor de vasijas repletas de chicha dando rienda suelta a sus brutales instintos”. (I, 123) Y a los laches los consideran “la tribu más estúpida e inmunda de los llanos.”(I, 262)

Solo reconocen un grado de avance cultural y social significativo en los chibchas, aunque subrayan la ausencia de gusto de su orfebrería, una caracterización que abandonan en parte en la edición de 1929, cuando aceptan que, al menos en sus piezas zoomorfas, logran un resultado artístico. Tres años antes de la escritura del libro habían llegado a Bogotá las primeras estatuas de San Agustín, y los autores, maravillados, reproducen la imagen de una de ellas y proponen que se forme “un museo arqueológico que impulsaría de modo poderoso los estudios sobre la prehistoria colombiana” (I, 60)

La narración de la conquista, que se centra en la historia del heroísmo de los conquistadores, insiste sin embargo en su crueldad o en su codicia, que contrastan con una política ilustrada y humanitaria de España que ellos violaban, y con el esfuerzo civilizador pacífico de los religiosos, portadores de las “ideas salvadoras de la humanidad”. (I, 270)¹⁵

¹⁴ Miguel A. Caro, “Fundación de Bogotá” (1875), en *Ideario Hispánico...*

¹⁵ Si se compara la obra de Henao y Arrubla con algunos de los textos escolares precedentes, se puede ver que aunque presenta las crueldades de los conquistadores y destaca las terribles consecuencias de la conquista sobre las sociedades indígenas, termina haciendo un esfuerzo de justificación hispanista de la conquista más firme que el de, por ejemplo, Quijano Otero, más negativo en su juicio acerca de la conquista y la colonia. Ver José María Quijano Otero, *Compendio de historia patria* (Bogotá, 1872), quien, por lo temas, reitera el tópico de las desgracias de la patria, de los cuales debe aprender el niño, “para evitarlas en el porvenir”.

El tratamiento de la colonia es limitado, pues describe brevemente las instituciones socioeconómicas básicas: apenas menciona las formas de trabajo obligatorio de los indios, como la encomienda o la mita, aunque insiste en que las preocupaciones y prejuicios nobiliarios y su creencia de que eran una raza superior llevó a la desvalorización del trabajo. (I, 440 y ss.) La esclavitud se menciona también de paso dentro de un capítulo sobre las enfermedades, y sobre todo para destacar el papel de San Pedro Claver. Al final de la colonia destacan el papel de los movimientos intelectuales promovidos por Mutis, y la formación de una generación con formación científica y cultural más amplia. Elogian sobre todo a Nariño, y los adjetivos con que lo hacen dicen tanto de los autores como del retratado: "un entendimiento superior... de posición social influyente... "distinguida figura física" "pelo rubio claro; blanco" "con holgura vivía el grande hombre en una casa alta... alhajada con cierta opulencia..." (I, 524-515)

El movimiento de los comuneros se interpreta ante todo como una reivindicación social y económica, más que un anticipo de las luchas de independencia: en esto abandona el punto de vista de antecesores que, como el general Manuel Briceño, intentaron definirlo como un movimiento emancipador.

La presentación de la independencia sigue en general la visión de Restrepo, pero enmarcada en la reinterpretación de Caro: la idea de que la independencia era en gran parte un movimiento de madurez proveniente de los mismos valores de la cultura española, madurez que permitía la vida independiente de los hijos de la madre patria¹⁶ Los autores describen la independencia como un movimiento histórico inevitable, como un enfrentamiento natural entre libertad y tiranía. "La independencia era un hecho del orden natural, una ley que iba a cumplirse mediante circunstancias oportunas... el acontecimiento de la independencia de la América del Norte fomentó el sentimiento revolucionario; la gran conmoción de la Francia en 1789, cuyos publicistas eran conocidos y estudiados acá, contribuyó también de modo eficaz; y por último, la heroica guerra de España en 1808 contra Bonaparte, fue la circunstancia propicia" (II, 105-106). "El sentimiento natural del esclavo es la libertad, y esa aspiración la tienen las razas oprimidas que cuando poseen fuerzas bastantes reasumen su personalidad en la familia de las naciones; ese sentimiento que entrañaba el germen de la revolución de la independencia, lo fomentó una mala política y fue acelerado por las circunstancias, propicias para los colonos y aciagas para España. La raza indígena se sublevó en diferentes ocasiones y lugares y produjo alguna vez grandes conmociones; nuestros Comuneros, no por un sentimiento de independencia sino para reconquistar el derecho de propiedad, se levantaron en masa contra el sistema; pero aquella raza y los Comuneros tenían que ser vencidos porque no siendo dueños de las fuerzas vivas sociales, no representaban la causa de la civilización. Llegó su turno a los descendientes de los desheredados por la fuerza del sistema, y ellos, inteligentes, más ilustrados

¹⁶ Miguel Antonio Caro, "El 20 de julio y la Independencia", 1872, reproducido en *Ideario Hispánico*. Enrique Zuleta estudia en detalle y con erudición, aunque en forma poco crítica, la posición de don Miguel Antonio en "Caro y la Independencia Americana", *Thesaurus*, XXI, 1996.

y enérgicos, con anhelos y propósitos patrióticos, debían amar la tierra con pasión y sentir los deseos de ser libres". (II, 104)

Al mismo tiempo, acotan el sentido de la revuelta del 20 de julio en el sentido de Caro: el "movimiento grandioso y fecundo de la revolución quedó consignado en un acta que no puede llamarse con propiedad de independencia" (II, 11), pues buscaba ante todo encontrar la igualdad de los criollos, de los ilustrados, dentro de la unidad nacional del imperio español.

Los textos que siguen, tomados de la narración sobre la independencia, permiten ver cómo, pese a sus pretensiones de imparcialidad, el texto está lleno de juicios implícitos transparentes: una visión cristiana y tradicionalista del orden social, que ve en las movilizaciones populares el resultado de manipulaciones demagógicas y atribuye al patriciado culto una moderación sabia, que contrasta con los extravíos y embriagueces propios del pueblo, siempre próximo a la anarquía. El pueblo de Bogotá, "embriagado con la libertad de que se sentía dueño, se congregaba tumultuariamente"(II, 16) "no obraba la multitud de por sí, sino movida por los agentes y demagogos que desde entonces se llamaron chisperos, y es justo hacer notar que este proceder desagradaba en extremo a los patriotas ilustres que habían iniciado la revolución y a los que con ellos, como gente culta y bien intencionada que tenía que temer y qué respetar, eran amigos del orden y de una libertad fundada en la justicia. Da una idea clara de ese estado anárquico un documento de la época...". Critican también los "vergonzosos extravíos del sentimiento popular" (II, 19), rechazan las actitudes de los dirigentes regionales que no se sometían al centralismo de Nariño, y censuran los actos de la plebe o de las gentes de color en Cartagena, o "la ignorancia y el fanatismo" del pueblo del Patía, que apoyaba a los realista y por lo tanto luchaba "contra la libertad".

La independencia les permite promover uno de los elementos centrales del esfuerzo educativo del libro: dar una visión que se pretende objetiva de los dirigentes de la independencia, pero que permita a los colombianos encontrar en ellos héroes que sirvan como ejemplo de patriotismo y modelos de conducta. Esto se hace en general aceptando y describiendo sus errores y debilidades, pero justificándolos por las condiciones de la época, como puede verse en su descripción de los héroes de los primeros años de independencia, Jorge Tadeo Lozano, Camilo Torres o Antonio Nariño: "Por el candor que en lo general distinguía a nuestros primeros políticos, se ha dado a su tiempo el nombre de *Patria Boba*, y esa edad... como la de un niño que no tiene prudencia y madurez, cuenta acciones caballerescas, grandes y bellas, al lado de otras pueriles propias de la sencillez de costumbres. Empeñábanse, es verdad, pero de buena fe, en lucha armada los pequeños bandos y las importantes cuestiones del gobierno se trataban con alteza de miras; pero las discusiones sobre rivalidades parroquiales, títulos y detalles minúsculos en las horas en que era presido cerrar filas para preservar lo adquirid, con energía y valor, recuerdan las disputas bizantinas... Ese era el carácter del tiempo, que se ha impuesto a sus descendientes a través de muchos años de nuestra agitada vida republicana. No por esto debemos poner el sello del ridículo sobre nuestros mayores y sobre acontecimientos que los rodearon; los padres de la

patria acaban de aparecen en nuestro escenario llenos de entusiasmo y buena fe, e inexpertos hacían los primeros ensayos en la difícil ciencia de conocer a los hombres para saberlos gobernar". (II, 90)

Similar tratamiento se da a Bolívar, de quien se dice que era "de educación caballeresca, de entendimiento extraordinario... vestía con esmerada elegancia, deslumbraba en el salón con su bulliciosa galantería y frenesí por el baile... Sus modales afables, su buen tono..." pero cuya política de guerra a muerte se censura: "que un patriota de cultura refinada como Bolívar, educado en las capitales europeas, hidalgo por la sangre, siguiese el sistema de represalias o se contagiase de la pasión de los enemigos, es cosa que revela descarrío mental; si aniquilar a los criollos entraba en el interesado propósito de los jefes españoles, fundar la patria, acrecerla en población y riqueza era el objetivo de los jefes venezolanos..." (II, 128).

Pero si la violencia de Bolívar produjo efectos contraproducentes en Venezuela y llevo al fracaso de la primera república venezolana, la de Pablo Morillo fortaleció a los republicanos: el triunfo de Morillo "fue fácil porque los pueblos anarquizados habían perdido el entusiasmo por la causa de la independencia en medio del desorden general. La idea de patria surgió con grandes ilusiones, muy pronto vino el desaliento, y cuando se esperaba una verdadera reconquista de los corazones atrayéndolos hacia España. La sociedad cayó en el espanto a la vista de los miembros mutilados puestos en escarpías, como testimonio de barbarie. Una política humanitaria habría dado la tranquilidad, quizás por muchos años; Morillo creyó haber concluido su obra pacificadora en pocos meses, pero al dejar el teatro de sus ruinas, arranco de los pechos el perdón y desencadenó la victoria". (II, 192)

Santander, por su parte, recibe elogios algo contenidos, pero que ayudan a reconocer su papel en el panteón nacional: "las circunstancias exigían después de Boyacá una administración enérgica, vigorosa y activa, y la de Santander fue sin duda muy adecuada..." (II, 264)

Pero estos héroes no pudieron impedir el desorden y la anarquía, que destruyeron la unidad de Colombia: "Antes de seguir el penoso sendero de los extravíos por donde fue conducida la gran República a su ruina, hablemos de su juventud coronada de laureles y llena de esperanzas. La independencia recién adquirida era festejada ostentosamente en regocijos públicos; todos amaban con entusiasmo la patria, soñaban un porvenir de prosperidad y engrandecimiento; todos volvían los ojos a los intereses verdaderos de la nación" Como en la obra de José Manuel Restrepo, las pasiones de los héroes los llevan al error: "De este modo los bandos extremos, acordes desde el comienzo de sus labores en abrir sepulcros a la discordia, conducidos por las sinrazones y dominados por el amor propio, levantaron en el templo de la patria altares a la común desgracia" (II, 380).

En el tema muy controvertido de la dictadura, los autores censuran a Bolívar, quien, pese a su alta inteligencia, juzgo "que no podía gobernar al pueblo con la Constitución existente" (II, 385). Este fue su gran error político: La Constitución de Cúcuta, vigente, encabezada por Bolívar, habría funcionado: "esa carta representaba la estabilidad y la fuerza, y el Padre de la Patria

encarnaba la unidad y la gloria. Enlazados íntimamente estos elementos, parece que lo acertado era el respeto por la organización política establecida; el acatamiento a las leyes, el camino más conveniente para fundar un gobierno vigoroso y respetable; pero a condición de que desde los principios se hubiera imbuido a los pueblos el amor y la obediencia a la ley, porque sin eso ella no tiene ningún poder aun cuando la dicte la más alta sabiduría..... (II, 385) “Despreciada primero y rota luego la Constitución... y en el pináculo del poder el más esclarecido de los ciudadanos, con un título que ya no derivaba de la Carta sino de las malhadadas actas, Bolívar apareció pequeño y débil a los ojos de muchos”, lo que llevó al atentado de 1828.¹⁷

Como se ve, mantienen cierta moderación en su presentación de los dirigentes de la revolución, que son héroes limitados y contradictorios¹⁸. Sus elogios menos condicionales se dirigen a las víctimas de la reconquista o a los intelectuales y estudios como Caldas.

El tratamiento de la época republicana es breve y apresurado. Son menos de 40 páginas para los años de 1830 a 1900, en los que los autores rechazan la constitución liberal de 1863, bajo cuyo imperio “comenzó la inquietud, la zozobra, la permanente agitación. La paz huyó dejando sus reales a la anarquía que vino a quedar organizada” (II, 584) e insisten que se detuvo el “el progreso del país, casi estancado por los desórdenes permanentes” (II, 589). Son páginas desordenadas, en las que siguen dominando las perspectivas conservadoras, y en las que la descripción se reduce a la mención de algunos avances administrativos y a la evocación de las guerras civiles.

El libro incluye un capítulo sobre la historia de la cultura, vista, como era normal en la época, en términos de la producción literaria, artística y científica del país y en el que abundan los lugares comunes: “El genio poético ha sido instintivo en Colombia”, elogia a Rufino J. Cuervo, “que ha puesto en lugar tan encumbrado la gloria científica del país” (II, 616) y comenta a algunos de los historiadores, siempre notables y talentosos: Restrepo era “probo y circunspecto” pero con un estilo “frio” y que “carece de ornato”. Acosta “prudente en sus juicios y culto en las maneras; era bien conformado y robusto, de rostro largo y ovalado y facciones muy varoniles...”, Rafael Núñez

¹⁷ Los autores retoman el relato de Manuelita Sáenz del atentado, pero para no informar a sus jóvenes lectores que Bolívar convivía con una mujer con la que no estaba casado, hablan, en la edición de 1911, de “un testigo ocular” y dejan su nombre en una nota; la edición de 1929 levanta este púdico velo y describe con algún detalle a “doña Manuela Sáenz”, aunque no explica por qué estaba en el Palacio de San Carlos. (II, 388)

¹⁸ Varios estudios recientes sobre el libro de Henao y Arrubla subrayan el obvio objetivo de los autores de exaltar el panteón de héroes patrios. El artículo de Alexis Pinilla, “El Compendio de Historia de Colombia de Henao y Arrubla y la difusión del imaginario nacional a comienzos del siglo XX”, *Revista Colombiana de Educación*, 45, (Bogotá, 2003), p. 105, habla de que en esta obra “se construye una imagen mítica, sagrada, de los héroes”. Esto es cierto para el *Compendio*, que está lleno de exhortaciones moralistas y patrióticas, pero solo es aplicable en forma parcial a la versión para la enseñanza secundaria. La tesis de Alejandra Barón Vera, *La patria y el héroe en la Historia de Colombia de Henao y Arrubla, una obra laureada en la conmemoración del centenario de la Independencia* (1910) (Bucaramanga, UIS, 2006) extiende esta caracterización al texto para secundaria, con base en los elogios a los personajes, pero sin mencionar ni citar las críticas y reservas hacia estos.

era "previsor, perspicaz y flexible" (II, 619). Es una simple galería de figuras, sin pretensiones explicativas o sistemáticas, basada en convenciones retóricas elementales.

La obra termina con una defensa de la constitución de 1886, por el "restablecimiento de la unidad nacional" y la devolución de la "libertad de la Iglesia Católica", por la "definición clara de las libertades individuales" y el "principio de autoridad vigorizado" (II, 622) y con una censura a "la terrible guerra de tres años hecha por el partido liberal" (II, 628).

Los párrafos finales retoman, en un texto emocionado, la idea de un pasado de errores y desórdenes, e invocan las visiones de unidad hispanoamericana de Bolívar para proponer un camino de progreso, que supere el regionalismo y el localismo, para enfrentar al nuevo enemigo común, los Estados Unidos, al enemigo materialista de nuestra raza latina, católica y heredera de los valores hispánicos : "qué parte tienen en el tremebundo parricidio la agitación permanente, la desconfianza mutua,... la larga vida de desorden, los comunes errores, las endémicas contiendas civiles? ¡No era muy larga, penetrante, la visión del Libertador y Padre de la Patria, cuando lanzó su hermosa idea de confederación americana para contrapesar la influencia de los Estados Unidos?"(II, 630). "La defensa del común enemigo -del que amenaza nuestra gloriosa raza latina que por doquiera ostenta hermosos sarmientos en todo lo que vivificó España con su aliento- consiste en preparar al Señor de los ejércitos, al mismo que dio la Independencia en la cruenta guerra, un pueblo grande por la paz, el trabajo, el comercio, la economía y la moralidad. Avanzar firme y sosegadamente por la senda del progreso; ahogar el espíritu regional o matar el egoísmo que se cifra en 'la patria chiquita'... levantando la mirada más allá de los límites de la patria, sin desconfianzas, sin recelos, aproximar el amar, nivel de la civilización, a la cuna de Nariño, "la ciudad solitariamente docta"; romper el claustro colonial en que vivimos y estrechar los vínculos de la más fina amistad con todas las hermanas por la raza... En ese entonces el grito que dio Bolívar ¡Viva el Dios de Colombia! se confundirá con este más sonoro y extenso... ¡Viva el Dios de la América Latina! (II, 631-32) ¹⁹

A esta invocación a la unidad latinoamericana y al proyecto bolivariano se suma, en el último párrafo, la fe en que la República avanza a "un porvenir de ventura, bajo el influjo de la paz hermosa" y una exhortación a una conducta cristiana, cívica y patriótica: "No creamos que todo el que grite Patria! Patria! Es un buen ciudadano. Lo es el que conoce, ama el deber y procura cumplirlo; no une su voz a la adulación ni clama con los que odian toda autoridad, respeta la santidad de los altares y el hogar; huye de lucros vilipendiosos; pospone su interés particular al bien público, y quiere siempre el honor y la prosperidad de la patria". (II: 633)

Una duradera herencia...

¹⁹ En el caso colombiano la herida panameña produjo, durante algunos años, un nacionalismo de corte conservador que encontraba en el arielismo de José Enrique Rodó algunos elementos de inspiración.

Muchos de sus procedimientos expositivos del libro, sus perspectivas y sus frases y adjetivos se han incorporado al lenguaje patriótico del país, que desarrolló a partir de 1910 una particular propensión por la llamada oratoria "veintejuliera". Al mismo tiempo, en sus páginas, durante medio siglo, muchos colombianos encontraron el elogio a la moderación política y el rechazo al sectarismo político, la invocación a la paz y al progreso, el rechazo del desorden, la anarquía y la agitación popular, la defensa del centralismo contra el regionalismo, así como la defensa de los valores de una sociedad que retomaba con vigor su identificación con el pasado hispánico, como una defensa contra las amenazas de una sociedad industrial materialista representada por los Estados Unidos. Mientas que desde el punto de vista político el énfasis estaba en la demostración de los males del localismo y el regionalismo, herederos de las tendencias disgregadoras de los enemigos del centralismo durante la independencia y de los federalistas liberales, desde el punto de vista social, sin una defensa abierta de las jerarquías sociales, se proponían modelos sociales y de conducta que correspondían a los supuestos hábitos educados y progresistas de los hombres blancos y cultos del país.

Los temas históricos del manual tuvieron diversos desarrollos. La gran transformación, de 1910 a 1940, es resultado del esfuerzo de los historiadores liberales, encabezado por Laureano García Ortiz y apoyado por Eduardo Santos, para convertir a Santander en el héroe de una nación civilista y legalista, lo que desencadenó la respuesta furiosa de Laureano Gómez, en una violenta pugna histórica que tenía su en la ruptura del consenso político que llevó la violencia a partir de 1947.²⁰ Los historiadores liberales oscilaron, entre 1910 y mediados de siglo, entre la evocación patricia y moderada de un pasado que podían recoger las clases altas de ambos partidos, característica de Tomás Rueda Vargas, los intentos de destacar aspectos de la cultura y la historia popular que se advierten en los primeros trabajos de Germán Arciniegas y el radicalismo decimonónico, animado por las luchas sociales de la república liberal, de autores como Milton Puentes. Sin embargo, todavía en 1960 el dominio de la visión convencional de Henao y Arrubla, apoyado por la historia académica, parecía incuestionable.

Y sin embargo, se desmoronó repentinamente. Nuevas corrientes, impulsadas en parte por el marxismo, ayudaron a transformar los esquemas interpretativos de la historia nacional: Luis Eduardo Nieto Arteta publicó en 1942 *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, que pretendía aplicar categorías marxistas a la historia del país y Guillermo Hernández Rodríguez reinterpretó, en un libro publicado en 1947, la sociedad chibcha. Estas obras no tuvieron gran impacto en el momento de su publicación, pero revivieron en medio de los cambios del pasado que se produjeron alrededor de 1960.

Entonces, por fuera de la vertiente marxista, el revisionismo de Indalecio Liévano Aguirre, bolivariano e hispanista, rompió el consenso de admiración por los héroes tradicionales, y buscó nuevos héroes para proponerlos a un

²⁰ Los artículos de Laureano Gómez contra Santander fueron publicados en *El Siglo* (Bogotá), 1940, y recogidos en *El Mito de Santander*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1966.

nuevo público de lectores y ciudadanos. Pero sobre todo obras como *Industria y Protección en Colombia*, de Luis Ospina Vásquez, que convirtió la historia económica en un tema tan válido como la historia militar heroica, o los libros y artículos de Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares y otros, mostraron, a partir de los años sesenta, que no valía la pena controvertir a Henao y Arrubla, pues su relato había perdido todo arraigo en la realidad histórica y se había convertido en una narración puramente pedagógica y moralista.²¹

Jorge Orlando Melo

Publicado en Carlos Rincón, Sarah de Mojica y Liliana Gómez, *Entre el Olvido y el Recuerdo: Iconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*, Bogotá, Universidad Pontificia Javeriana, 2010.

²¹En el artículo "La literatura histórica en la República", publicado en el *Manual de Historia de Colombia* (Bogotá, 1988) <http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografia2.htm> discutí en algún detalle el texto de Henao y Arrubla, su carácter heroico y pedagógico, así como la ruptura historiográfica de los años sesentas. Antes lo había discutido Bernardo Tovar, en "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", ACHSC 10, p. 68-70 (Bogotá, 1982). Por su parte Germán Colmenares, en "La batalla de los manuales en Colombia", en Michael Rickenberg (comp.), *Latinoamérica, enseñanza de la Historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial y FLACSO, 1991, señaló que el texto equilibraba la visión conservadora "que ponía énfasis en la empresa de cristianización y en la misión civilizadora de Europa en los períodos de la conquista y la colonia, con la insistencia liberal en el período de la independencia".